

MANUEL GÓMEZ ANUARBE

VALERIA

DE NINFEOS Y CASAS COLGADAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA, N^o 12 —
MADRID • MMXXII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL GÓMEZ ANUARBE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Edición ortoestilística: LETICA MERCADO

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Primera edición: Junio 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-20-4

Depósito legal: M-13543-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Dicen que todos los caminos conducen a Roma. El mío ha pasado primero por Valeria y después por Cuenca, donde Consuelo Correcher ha conservado la sede del mejor ejemplo de la industria conquense de la madera. A ella, que hizo surgir en mí la pasión por el arte del jardín, le dedico este libro.



ÍNDICE

PRÓLOGO	9
VIAJE POR EL MAPA DE VALERIA	15
UNA CIUDAD ROMANA EN LA SERRANÍA DE CUENCA	35
EL MAESTRO	49
LAS RUINAS	65
RESTAURAR, PERO ¿CÓMO?	81
LA HUELLA DEL AGUA	87
COMO UN NINFEO	99
LA MURALLA, SANTA CATALINAY LA NECRÓPOLIS	111
LAS CASAS COLGADAS Y LA NIÑA DE VALERIA	119
EPÍLOGO	131
BIBLIOGRAFÍA	133
AGRADECIMIENTOS	135

PRÓLOGO

Fue como un flechazo de Artemisa, aunque por estas tierras del Imperio romano si alguna diosa cazaba probablemente sería Diana. En cualquier caso, la flecha estaba envenenada con algún propósito y surtió su efecto. No sé si fueron las ruinas, los ríos que las rodean, el aire puro de la sierra o el tesón que me contagiaron los escaladores de las rocas de la hoz del río Gritos, pero sentí que ya estaba herido de la enfermedad de Valeria. Creo que fue Freud quien dijo que el placer de la belleza interfiere con pensamientos acerca de su transcendencia.

Casas colgadas, acueductos ocultos, termas y cisternas, iglesias, cementerios, cuevas, una basílica, un foro, un gran ninfeo... ¿Cómo resistirse a todo eso? Y, además, un pueblo que parece un belén navideño.

Cada ser humano lleva en su mente una ciudad construida con las descripciones de los demás y de su propia imaginación que la realidad irá rellenando sin formas ni figuras. Cuando leemos textos sobre una ciudad la mente viaja por cuenta propia y desmonta la ciudad mientras la va reconstruyendo a su manera, sustituyendo unos edificios por otros, añadiendo o suprimiendo elementos, desplazándolos o invirtiéndolos. Los lugares imaginados son como los sueños que se desarrollan bajo caprichosas leyes, donde cada cosa conduce a otra, entre deseos y temores.

¿Qué puedo añadir yo a todo lo que ya se ha dicho sobre Valeria? Yo, como jardinero, debería ocuparme de los jardines o, como mucho, del paisaje. Las piedras, me dije para reafirmarme en mi propósito, también forman parte del paisaje, tanto como el agua, el aire, el silencio o las diminutas flores de azafrán. ¿Y por qué no hablar también de los habitantes de Valeria y de mí mismo? ¿No somos también parte del paisaje? *Cada*

uno de nosotros utiliza los límites de su propia visión para definir las fronteras del mundo.

Después de escribir siempre me ocurre lo mismo, hago una lista de títulos y ninguno me convence: *¿Las casas colgadas de Valeria?*, *¿Las ninfas de Valeria?* o algo más convencional y académico del tipo *Historia, arqueología y paisaje de Valeria*.

Las ninfas colgadas de Valeria es un título divertido, pero demasiado provocador. Por fin me he decidido: *Valeria. De ninfas y casas colgadas*. Me gusta lo del *de*, que queda muy decimonónico.

Cualquiera que haya estado en Roma, en Pompeya, Herculano o Mérida, así como en lugares menos accesibles como Leptis Magna, Jerash o Dugga, sabe que existe un nexo indisoluble entre los lugares y las construcciones, especialmente en los territorios del Imperio romano, que todavía sentimos tan cercanos. Al principio está el lugar —intacto— que parece implicar en sí todo lo que se agregaría de los demás: la intervención humana, la construcción. Determinados lugares parecen tener también una especie de «soplo divino» que los distingue de los demás, la prueba de ello es que, a pesar de las destrucciones, incendios y devastaciones, el «soplo divino» ha permanecido. Creo que este es el caso de Valeria.

Siempre me han gustado las ciudades con nombres femeninos, es como si quisieran acogerte en su seno. Valeria es como Pandora, que Hesíodo cantó como el origen de la estirpe femenina, o como las ciudades de Ítalo Calvino, extrañas y misteriosas. Los hombres prefieren los mitos a la verdad y, así, los mitos se transforman en verdad. Valeria no es más que un nombre, pero suena a celtíberos y romanos.

Desde que por primera vez oí hablar de esta ciudad sentí mucha curiosidad. Además, se encontraba en la serranía de Cuenca y siempre me han atraído los lugares lejanos, exóticos o simplemente desconocidos, fuera de lo obvio y explorado de las rutas turísticas habituales.

A veces, como en esta ocasión, los lugares más sorprendentes se encuentran muy cerca, tan cerca que no les damos la importancia que merecen. Solo es necesario que salte la chispa, una palabra, una fecha o una anécdota que puedan disparar el relámpago que provoca la luz de un deseo incontrolado: ¿la flecha de Diana?

El impulso creativo nace después, en ese punto de encuentro entre pasado, presente y futuro. Es el momento de ponerse a tararear desde el extrarradio y empezar a elucubrar. La canción, sin embargo, puede sonar a engaño. La letra está compuesta de impresiones, de lecturas y experiencias personales que transmiten opiniones, en muchos casos fatalmente erróneas. No son, por tanto, más que opiniones, pero que pueden servir para contrastarlas con las de los demás y ayudar a la reflexión. Es siempre conveniente y muy didáctico revisar las hipótesis de las que se derivan conclusiones y contrastarlas con hipótesis diferentes para conseguir avanzar. En física cuántica ni siquiera los bosones parecen ser lo que deberían.

El historiador y el poeta no se diferencian por decir o no las cosas en verso, sino que difieren en que uno dice lo que ha ocurrido y el otro lo que podría ocurrir. Por eso la poesía es más filosófica y noble que la historia, pues mientras la poesía se ocupa de las cosas generales, la historia se centra en las particulares. Creo que se escribe un libro cuando se ha determinado algo que debe ser descubierto. No se comprende todavía qué es ni dónde está, pero se sabe que es necesario encontrarlo. Entonces empieza la búsqueda. Se empieza a escribir.

Como, desgraciadamente, no soy ni poeta ni historiador, he tenido que buscar mi propio camino con la voluntad feroz de un hombre solo sin apenas atributos, un hombre que tendrá que apretarse los dientes hasta conseguir algo parecido a un *automortrait* parecido al de las momias de El Fayum y asumiendo, siguiendo la recomendación de Verlaine, que, al elegir las palabras de lo que sigue, «habré de equivocarme siempre un poco» o, como dijo Goethe, «el único hombre que no se equivoca es el que nunca hace nada».

Tengo claro el camino, pero ignoro lo que ocurrirá durante este viaje literario. Las aventuras son así porque lo que se siente no es más que el resultado de lo que se es. Todos los caminos son iniciáticos. ¿No es algo maravilloso sentirse como el héroe desorientado de una epopeya, por pequeña que parezca, recorriendo caminos apenas transitados?

Valeria resurgió del olvido gracias a esos héroes desorientados, románticos viajeros e historiadores, que quedaron fascinados por sus ruinas. En ellas destacaba una gran fuente monumental que los arqueólogos calificaron de ninfeo, el más grande de todo el Imperio romano. Las excavaciones descubrieron también los restos de unas viviendas asomadas al valle que parecían suspendidas en el vacío.

Todo el mundo que ha visitado la ciudad de Cuenca conoce sus famosas casas colgadas, pero muy pocos han visitado o tan siquiera han oído hablar de las de Valeria, la ciudad hispanorromana donde empezaron a construirse viviendas al borde del abismo. En época romana, la ciudad de Cuenca no existía, era un cerro prácticamente deshabitado entre los ríos Júcar y Huécar, donde los musulmanes construyeron una fortaleza que dio origen a la ciudad actual y a Los Moralejos, el nombre con que los cristianos bautizaron la colina.

La ciudad de Valeria fue creada por los romanos muchos siglos antes que Cuenca y la edificaron como aquella sobre un cerro y, como aquella también, se hallaba rodeado por dos ríos. Los de Valeria de nombres tan sugerentes como Gritos y Zahorra. El sistema ortogonal de construcción romana les obligó a hacer terrazas para poder edificar viviendas de varias plantas, tanto en el llamado cerro de la Horca como en las rocas sobre el río Gritos. Eran casas que sobresalían de la tierra, con habitaciones laterales a sus cimientos, que parecían estar colgando en el aire. Así nacieron las primeras casas colgadas, cuyos constructores fueron hispanorromanos.

Muchos siglos más tarde, los cristianos de Cuenca, inspirándose probablemente en Valeria, construyeron este tipo de edificios, teniendo en

cuenta la similitud de sus respectivas orografías, para así poder disfrutar de magníficas vistas panorámicas sobre los valles de sus dos ríos.

Los romanos estaban muy adelantados en las técnicas constructivas, para cuya planificación se habían inspirado en los etruscos y, sobre todo, en los griegos, a cuyos sistemas agregaron innovaciones originales. Por ejemplo, reforzaron las vigas de madera con un hormigón de su invención, lo que les permitió crear arcos de medio punto, arcadas, columnatas, bóvedas y cúpulas en edificios de gran solidez y elegante diseño.

Conscientes de la importancia de la higiene desarrollaron un sofisticado sistema hidráulico para suministrar agua a las ciudades y construyeron cisternas, termas y letrinas. Sus adelantos en el confort de las viviendas con suelos radiantes en forma de hipocaustos inspiraron a los cristianos de Castilla en el desarrollo de un sistema similar que se conoce con el nombre de «glorias».

VIAJE POR EL MAPA DE VALERIA

Aunque vivo relativamente cerca de la serranía media de Cuenca, que así llaman a las montañas del sur de la capital, cada vez que intentaba ir a Valeria me surgía un contratiempo, esa palabra que se suele emplear para casi todo lo que se puede posponer, no se quiere llegar a hacer o se hace de mala gana.

Me contaba una compañera alemana que cuando sus amigos españoles llegaban tarde a una cita era siempre por algún «contratiempo», una palabra cuyo significado nunca llegó a comprender, intraducible a su idioma. Afortunadamente, no ha sido mi caso porque llegó un día en que no hubo más contratiempos. Contra el tiempo hay que actuar, cruzar la frontera del mito al logos para que la razón se adueñe de las leyendas.

Acudí en primer lugar a las frías informaciones de *Internet* que compartían espacio con las *cookies* de la publicidad: situación, cómo llegar, un poco de historia, una ciudad fortificada en ruinas, junto con invitaciones a participar en los Juegos Olímpicos, subir mi vídeo a Instagram o un 25% de descuento en muebles. Todo aparecía mezclado, pero había algo especialmente sorprendente: en esa montaña se encontraba el ninfeo más grande del Imperio romano. Las imágenes parecían confirmarlo.

Cuando entré en Google Maps hice el camino sin entusiasmo. Me pareció un viaje demasiado rápido, sin tiempo apenas para divagar, para soñar. En tiempos de *aceleración acelerada*, como ha llamado Harmut Rosa a nuestra época, cada día me siento más analógico y prefiero viajar por el mapa de papel.

Desplegué uno muy detallado de la provincia de Cuenca, un poco arrugado por el paso del tiempo. Era tan antiguo que todavía no aparecían las autovías A-3 hacia Valencia, ni la A-40 hacia Cuenca, y tan gastado, que el

pliegue del centro me impedía ver lo más importante, pero a los lados aparecían esas pequeñas líneas que delimitaban espacios en blanco de las carreteras secundarias, entre los espacios verdes de las praderas, los ocres de las montañas o los azules de los ríos. Me gusta soñar viajando por el papel, viajar en soledad. Algo así como «vivir quiero conmigo», que dijo Fray Luis de León.

Tengo la experiencia de que los viajes por un mapa pueden ser más intensos y satisfactorios que los viajes que emprendemos en la realidad porque todos sabemos que la realidad no existe, a nuestros sentidos les encanta seducirnos mediante el engaño. Suele ocurrir que, con el paso del tiempo, lo que perdura en la memoria es el viaje imaginario a través del mapa por la intensidad con que se vivió y no el que se realizó de verdad. En otros casos, se rememora una simbiosis de ambos recuerdos. Las imágenes de la memoria, una vez fijadas por las palabras o por las letras, se borran y se convierten en otra cosa. El interés de este tipo de viaje podría basarse en el hecho de que el mapa no es ni el terreno ni la imagen de uno mismo: es uno mismo. En Valeria mapa y territorio coincidieron con los de mí mismo.

Cuando viajo y no conozco todavía una ciudad siempre me pregunto cómo serán sus monumentos, la plaza principal, los jardines. En cada ciudad del Imperio romano, a pesar de que su diseño seguía un modelo similar, cada edificio era siempre diferente. En ocasiones es simplemente la luz la que cambia o que el viajero lleva en su mente una ciudad sin formas que los espacios urbanos van conformando.

Al llegar a ciertas ciudades o a ciertos lugares de las mismas puede ocurrir algo sorprendente que nos atrapa. Si estamos alerta y observamos, escuchamos, tocamos y olemos con atención puede que suceda el milagro. Es como si ya hubiésemos estado allí porque ese lugar nos evoca recuerdos familiares que nos conmueven. Es el *genius loci*, el genio del lugar, una especie de duendecillo protector del sitio que se introduce en nosotros, haciendo que nos identifiquemos con él y que el lugar nos transforme. Es posible

que el duendecillo habite ya en nosotros y que se manifieste solamente en ciertos lugares proclives a proyectar todo lo que somos.

Cuando fui a Valeria por primera vez decidí elegir el camino en dirección a Valencia porque suponía que el otro camino, el que pasa por la ciudad de Cuenca, estaría más frecuentado y con varias alternativas de itinerario. Temía perderme. Seguía resistiéndome al uso del GPS porque me encanta guiarme por la intuición que produce continuas sorpresas. ¿Para qué tanta prisa por llegar a una ciudad que ha resistido dos mil años y todavía sigue ahí? En ruinas, claro. «La paciencia recompensa al hombre virtuoso», creo recordar que dijo Swedenborg en su *Tratado del cielo y del infierno*. No sé si será mi caso, pero lo importante para mí era el plan, el proceso, el viaje, la naturaleza. La meta llega siempre, como la muerte. *Beatus ille*.

No parece que la vida sea otra cosa más que un proceso continuo de búsqueda y en esa búsqueda siempre he considerado que hay que inspirarse en la naturaleza, el origen de toda creatividad, una naturaleza como la que esperaba encontrar en esa serranía.

Desde la A-3, antes de adentrarse en la montaña, hay que desviarse en Cervera del Llano, nombre que define con claridad el enclave de este pequeño pueblo. El topónimo en el que reparo después es aún más evocador, suena a paisaje mediterráneo: Olivares del Júcar. La carretera atraviesa el pantano de Alarcón que acumula las aguas de ese río y que lleva el nombre de los señores del lugar, dueños de un castillo en las cercanías y de un palacio en Valeria. Después está Valverde, un nombre que hace honor a las húmedas praderas que reciben o recibían la humedad del río.

Paulatinamente empieza la ascensión hacia la serranía, entre escarpados riscos, con sus valles por donde discurre el río. Es un paisaje tan idílico que dan ganas de detenerse en cada recodo, donde la estrecha pradera parece una alfombra recién tejida que hubiera olvidado Aladino en uno de sus viajes, en ocasiones con rebaños de corderos pastando sobre ella como

en una estampa romántica de la Arcadia. Hay desvíos hacia pueblos desconocidos, ¿villarejos?, con nombres que recuerdan a los antiguos poblados indígenas de los celtíberos. Ignoro por qué se les llama celtíberos si más bien eran simplemente hispanos, antiguos habitantes de Hispania, el nombre que daban los romanos a nuestra península, o iberos, habitantes de Iberia, que era el nombre que le daban los griegos.

Ya en lo alto, a ambos lados de las curvas de la carretera, aparece un pueblo dedicado a la transformación de la madera en puertas y ventanas. Es sorprendente que en un entorno tan rural la industria se haya abierto camino con tantas empresas dedicadas a fabricar cerramientos de madera. Aunque se halla en lo alto de la sierra se llama Valera de Abajo. La mía, a donde me dirijo, es la de Arriba, que ahora se llama simplemente Valeria, así, sin adjetivo. Antes era la de Suso o Valera, la de Arriba.

A quien viaja por tierras agrestes le asalta pronto el deseo de llegar, de alcanzar su Ítaca. Paciencia. El camino se abre paso por una zona de tierras calizas y relieve muy accidentado, con hoces de valles angostos, por donde discurren ríos y algunos arroyos. El paisaje es espectacular por lo abrupto del territorio, con grandes rocas que albergan misteriosas cuevas de difícil acceso y que han quedado al descubierto por la erosión.

Llegar al alba a Valeria se parece mucho a soñar que se ha llegado al alba a Valeria. El frío del pueblo es aún más acerado que el de las noches de los pueblos manchegos de la llanura. Situada en un cerro, a unos mil metros sobre el nivel del mar, aparece después de un recodo de la carretera entre dos profundos tajos que han ido erosionando y puliendo Gritos y Zahorras, los ríos que la rodean y que la han protegido durante muchos siglos, antes de unirse en un frío abrazo para verter sus aguas al Piqueras que, a su vez, desemboca en el Júcar.

¿Cómo no pensar en la ciudad de Cuenca? La misma situación sobre un cerro, los dos ríos que la rodean, un paisaje similar...Nuestras vidas son los ríos... Antes de eso, debo conocer la ciudad.

Francisco Suay, el hombre que dio a conocer las ruinas de Valeria y que cambió su nombre de Valera de Arriba al actual, la describió así: (Revista Olcades, nº1. La Gran Valeria): «Al borde de La Mancha y, sin embargo, alzada en una estribación típicamente serrana, Valeria, la Gran Valeria, duerme ya un sueño eterno. Apenas el nombre pervive en un poblado cercano, mientras las manos pacientes de los hombres van rebuscando cuidadosamente entre la tierra los restos que permiten ir reconstruyendo la historia de una ciudad que debió ser pieza capital en el mundo hispano-romano, y aun posteriormente, en el visigótico. Pero aún las nieblas de la duda flotan sobre esta ciudad hoy silenciosa, en continua provocación al espíritu investigador para continuar buscando el dato mínimo que suponga un nuevo eslabón para fijar lo que fue realmente Valeria».



Vista del pueblo de Valeria

El último tramo de camino a Valeria ofrece algunas sorpresas. Junto al humilde río Zahorras, entre los árboles, se esconde un molino; un poco más allá, un pequeño puente romano y, en lo alto, una cantera de piedra caliza, de la que se sacaba el material para la construcción de la ciudad romana.



Calles de Valeria

Después del último recodo, las primeras casas del pueblo de Valeria aparecen de pronto ante la zigzagueante carretera de ascenso. Es un pueblo de la montaña conquense sin indicios aparentes de su glorioso pasado romano. Aunque las ruinas romanas se hallan muy cerca se ocultan detrás de una pequeña colina. Pero es una falsa impresión, hay restos romanos en muchos de los edificios del pueblo y en los terrenos limítrofes aún por excavar de una ciudad que se extendía más allá del perímetro de los cerros del actual yacimiento.

El pueblo es tan pequeño que pronto se llega al centro, a la plaza donde están la iglesia, el ayuntamiento y otros edificios que muestran discretos vestigios de su glorioso pasado, tanto romano como visigodo y medieval. La claridad blanca se refleja en las losas pulidas del suelo, relucientes por la luz del sol. La mirada pronto detecta piedras talladas con inscripciones, columnas y túmulos insertados en algunos de sus edificios.

Me interno en calles por las que no pasa nadie como en un recuerdo o en un sueño, y, al doblar la esquina de la plaza, se recorta el nombre de la calle *Castrum altum*.

No sé si es porque el número de habitantes es muy reducido o porque todavía es muy temprano, pero no hay nadie por la calle. La plaza está desierta. Ya no hay viejos que miran pasar a los jóvenes cuando los deseos no son más que recuerdos. Tan silenciosa que parece deshabitada. Ya no hay casinos, ni herreros, ni sastres, ni zapateros, pero la pureza del aire sigue siendo la de antaño. Y, sin embargo, Valeria es un pueblo lleno de entusiasmo y vigor. Tiene hasta una asociación cultural que organiza todo tipo de eventos y edita la revista Ricotí en la que participan sus habitantes.

Valeria es un pueblo de profundas convicciones y de muy antigua tradición cristiana. Si la penetración del cristianismo en Hispania estuvo ligada a la romanización y, por tanto, a la llegada



El ayuntamiento, la iglesia de la Sey y la calle *Castrum altum*

de soldados, colonos y mercaderes del Imperio, muchos de los cuales eran cristianos, no hay pruebas escritas ni materiales arqueológicos que confirmen la práctica del cristianismo en la península ibérica antes del Concilio de Elvira, celebrado a principios del siglo IV.

En este concilio pudo constatarse que el cristianismo se propagaba principalmente entre las clases pudientes de las ciudades con posesiones en el campo, manifestándose la influencia africana, principalmente a través de las comunidades regidas por presbítero, algo muy poco frecuente en el resto de Occidente, regidos por un rigorismo que quedó plasmado en la liturgia, en los textos de los salmos, en la prohibición de pinturas en las iglesias y en la obligación del celibato, aunque esta legislación no fue cumplida por el clero. Eso hace pensar que en la ciudad hispanorromana de Valeria la religión de los celtíberos y sus dioses conviviría con la de los romanos. Solo a partir del siglo VI, con la conversión de Recaredo, se puede afirmar que prácticamente toda la península era ya cristiana.

El núcleo de la antigua ciudad empezó a despoblarse a comienzos del siglo IV quedando prácticamente desierta en el siglo V, debido principalmente a la falta de agua y a la propia decadencia del Imperio romano. Su población se fue desplazando al pueblo actual, entonces un barrio periférico en el entorno del templo de Airón, el dios indígena de las aguas subterráneas, sepultado ahora bajo la iglesia.

La nueva ciudad hispanorromana continuó su existencia bajo la monarquía visigoda de Toledo, capital de la Carpetania, y se convirtió en el siglo VI en sede episcopal dependiente de ella, tuvo por lo menos seis obispos, a diferencia de Recópolis, la capital de nueva creación visigoda de Celtiberia, que nunca llegó a tener obispo. Siglos más tarde, con la conquista de Cuenca por Alfonso VIII, en 1177, la diócesis de Valeria pasó a depender de esa ciudad.

La importancia de la diócesis de Valeria hacía que formara parte de la llamada *hitación de Wamba* que posteriormente heredarían los árabes como

forma de división territorial de la cora o distrito de Santaver, un nombre derivado de la arabización de Celtiberia con la que era conocida Valeria. Este distrito estaba adscrito a la marca media, que era una de las demarcaciones territoriales en las que estaba dividido al-Ándalus y que estaba poblada principalmente por beréberes.

Apenas hay información sobre Valeria durante la dominación musulmana. El geógrafo Yakut nos traslada a una remota antigüedad al calcular en parasangas iránias la distancia a Valeria desde Córdoba: (...) «ciudad enlazada con el alfoz de Medinaceli, en al-Ándalus. Está situada al este de Córdoba. Es una gran ciudad que posee riquezas naturales. Comprende muchos castillos. En sus tierras hay nogales y avellanos. Dista de Córdoba ochenta parasangas». Hacer viajes midiendo las distancias en parasangas, cuya magnitud se ignora, es incluso más romántico que medirlo en leguas porque nunca se sabe cuándo se va a llegar.

Durante la conquista árabe de esta cora, los mozárabes y los beréberes continuaron conviviendo durante algún tiempo. Ni en el pueblo actual de Valeria ni en la ciudad romana aparecen huellas de este pasado, a pesar de que mejorara el sistema de regadíos y de que se introdujeran nuevas especies vegetales. Solo se sabe que, a partir del siglo VIII, Balira, que así la llamaron los musulmanes, formaba ya parte de los clanes beréberes hawaras y madyunas que defendían las fronteras de la cora.

A mediados del siglo XX se encontraron una serie de monedas cerca de Valeria. Las monedas habían sido acuñadas en Córdoba



Monedas y objetos de plata.
Museo de Cuenca

en tiempos de Abdelrahman III y Al-Hakam II, lo que constituye una prueba de que la ciudad seguía teniendo población musulmana en la segunda mitad del siglo X. Había un castillo de control del territorio y de cobro de impuestos y conocemos la pintoresca anécdota del siglo XI sobre la entrega de la mora Zaida como dote al rey Alfonso VI. Parece, sin embargo, que la ciudad había sido ya arrasada con anterioridad. Poco más se sabe. Misterio y olvido.

Los cristianos recuperaron Valeria cuando conquistaron Cuenca en 1177 y se la entregaron como posesión al caballero Nuño Sánchez de Finojosa, alférez y señalero del rey, el oficial encargado de llevar el pendón real. Fue probablemente en aquella época, con la reconquista de Valeria por los cristianos, cuando se produjo la destrucción de la antigua ciudad romana y dio comienzo la repoblación de la nueva ciudad visigoda.

De nuevo este lugar se pierde en las sombras durante los siglos XIV y XV hasta que un siglo más tarde, en la época de Felipe II, el sacerdote Ambrosio de Morales empezó a hablar de ella. No deja de ser curioso su aparente interés paisajístico cuando dijo que «era una ciudad incómoda para el río»¹, aunque pudiera ser que se refiriera a la dificultad que suponía alcanzar su cima o que, simplemente, hubiera escrito erróneamente «para» en vez de «por».

Más interesante es la descripción que hace Juan Pablo Martín Rizo² de las ruinas de la ciudad hispanorromana «donde hay pedazos de muralla, de termas y de conductos de agua, así como monedas, urnas, medallas, tumbas y diecinueve piezas sepulcrales, trasladadas con sumo cuidado y diligencia por un tal Fernando de Alarcón».

Don Fernando pertenecía a la importante familia de los Alarcones y era hermano de un canónigo de Cuenca, que llegó a ser obispo de Ciudad

1. *La ciudad romana de Valeria*. Pág. 17. E. Gozalbes Gravioto. Coord. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca, 2009.

2. *Ibidem*. Pág. 18.



Casona de Ceballos.
San Román de Cayón. (Cantabria)



Palacio de Ceballos.
Argomilla de Cayón. (Cantabria)

Rodrigo, Salamanca y Pamplona. Esta familia eran los señores de Valeria, descendientes de don Fernán Martínez de Ceballos, oriundo de las Asturias de Santillana, quien conquistó Alarcón en 1184 por encargo del rey Alfonso VIII , fundando este linaje.

En 1561, don Fernando compró la población de Valeria a la Corona y costeó grandes obras en la iglesia parroquial, incluyendo la construcción de la torre, para poder ser enterrado en la capilla mayor. En aquel momento Valeria contaba con una población de ciento treinta vecinos, todos peche-ros, a excepción de dos hidalgos y tres clérigos. Los hidalgos no podían ser otros que don Fernando y su mujer.

Valeria se había convertido en una organización casi feudal cuyas propiedades se repartían entre el señor de la villa y la Iglesia, un régimen que se mantuvo hasta finales del primer tercio del siglo XIX. Las desamortizaciones de Mendizábal del siglo XIX abolieron los señoríos y, en consecuencia, los Alarcones y la Iglesia perdieron sus propiedades, manteniendo únicamente sus sedes. Solamente los derechos de portazgo pasaron más tarde a la Orden de Santiago, con sede en Uclés, a cambio del castillo de Alarcón.